

AMADEO JACQUES, MAESTRO LIBERAL Y DEMOCRATICO

Hoy más que nunca es la educación nacional el problema palpitante, y fuera un síntoma plausible el que las nuevas generaciones tributasen justísimo homenaje al maestro de sus mayores, al pensador y filósofo que fue igualmente ejemplo por su carácter y su saber, al extranjero connaturalizado que rechazó la reparación tardía, para quedarse al frente de su obra fecunda, prefiriendo a la gloria en Europa la penumbra y la paz de la patria adoptiva. PAUL GROUSSAC.

Amadeo Jacques vive a través de las inolvidables páginas de Juvenilla. Ellas nos enseñaron a aquilatar las extraordinarias dimensiones del maestro que —conjugación singular de carácter, sabiduría y amor— ha gravitado tan profundamente en la educación nacional. Pero, sin embargo, desconocemos los perfiles del luchador por la libertad de pensamiento y las esencias democráticas. Profesor del Colegio de Luis el Grande y maestro de conferencias en la Escuela Normal Superior de París, autor de numerosos trabajos filosóficos de importancia, dedicado por entero a la docencia y al estudio, no vaciló y adoptó una decidida actitud de lucha, rehuendo el refugio tentador de la *torre de marfil*, en defensa de los principios filosóficos que constituían la médula de su personalidad. Con muchas personas de la clase media, Jacques propiciaba la democratización del régimen monárquico constitucional establecido. La reforma electoral frente al limita-

dísimo ejercicio del sufragio por una reducida minoría privilegiada de propietarios. La reforma liberal frente a la restricción de las libertades públicas y a la creciente corrupción política y administrativa. La reforma social frente a la pauperización creciente de los vastos sectores de población obrera que el proceso de industrialización capitalista había concentrado en las grandes ciudades. Otras corrientes de ideas pugnaban en la Francia de mediados del siglo XIX, frente a un régimen ya vacilante. La fuerza más amenazadora para el orden de cosas reinantes era la izquierda radical que aspiraba a establecer la república democrática, aliada en esos momentos a los socialistas que luchaban por la república social, sectores ambos dispuestos a apelar a recursos revolucionarios. En el campo de las derechas —integrado por legitimistas que añoraban la Restauración borbónica y por bonapartistas que, sin organización partidaria, constituían una poderosa corriente de opinión que capitalizaba el resentimiento por la pacífica política internacional de Luis Felipe y de su primer ministro Guizot, tan alejada de las glorias del Imperio—, el denominador común era un catolicismo especialmente agresivo frente al neutralismo estatal que en materia religiosa estableciera la revolución del año 30. La Universidad, donde imperaba un eclecticismo tolerante ante todas las ideas fue el centro de los ataques de la Iglesia, ataques que los miembros de la Universidad no contestaban, en una política de apaciguamiento impuesta por las autoridades educacionales. Pero Jacques quebrantó la consigna en compañía de un reducido núcleo de intelectuales.

Se trataba de publicar una revista que sirviera de vehículo a las ideas liberales. Aníbal Ponce recoge las vicisitudes de Jacques y de su principal asociado, Jules Simón (1): “La revista debía ser mensual y aparecer por entregas de seis hojas. Como ninguno de los dos, naturalmente, tenía un sólo

(1) *La vejez de Sarmiento*, 3ª edición, Buenos Aires, 1951, pág. 39.

céntimo, se recurrió a acciones de 500 francos. Y cada uno, tomó dos... Jacques se encargó de las suscripciones. Y después de visitar a medio mundo, consiguió reunir doce mil francos en promesas. Un día llegó radiante: no había hecho, en realidad, más que un sólo suscriptor, pero ese suscriptor se llamaba Lamartine. Con aquel nombre glorioso la lista era ya un libro de oro. Y en esas condiciones, apareció el primer número de la *Libertad de Pensar* (1847. Era Jacques, el alma de la revista. Vivía, por entonces, en un antiguo taller de pintor en la calle de Petits Augustins y allí se instalaron las nuevas "oficinas". Como no tenía mucamo, Jacques era a un tiempo mismo, director, empleado, portero y repartidor. En la calle, en el Café Procope, en el Colegio Borbón, en la Escuela Normal, se le veía con un ejemplar bajo el brazo. Un noble espíritu presidía *La Liberté de penser*. El *avant - propos* del primer número firmado por Jacques, nos ilustra con elocuencia sobre el mismo (2): "Nuestro título dice suficientemente lo que somos, no lo hemos elegido como una amenaza ni como el anuncio de grandes temeridades, sino porque siendo filósofos, nos es grato combatir bajo la bandera misma de la filosofía". "La filosofía es calumniada, debe defenderse; se la ataca en su principio, está obligada a probar su legitimidad y su fuerza. Alrededor nuestro los valores están disminuídos, la libertad está en peligro. La filosofía tiene, evidentemente, un rol social y político que cumplir". "No es necesario decir que somos los defensores absolutos de la soberanía de la razón, que todo aquello que obscurece la libertad de pensar es nuestro enemigo. ¿Hay acaso, alguna facultad más inherente a la naturaleza humana que el derecho de expresar libremente su pensamiento, sobre Dios, sobre el mundo, sobre la sociedad, sobre el porvenir del hombre en esta vida y después de

(2) *La liberté de penser*. Revue philosophique et litteraire. Tome premier. Premiè livraison. Paris, 1948, page 1.

la muerte? Es necesario escribir sobre un papel un derecho semejante, puesto que es, nada menos, que el derecho mismo a vivir". "La Restauración estaba en su derecho haciendo la guerra a la libertad de pensar. Había devuelto del exilio el derecho divino y la religión de estado, y no hay, en efecto, nada más que dos maneras de ser rey: en nombre de Dios, si los hombres son rebaños que Dios distribuye a la razas privilegiadas; en nombre de la razón y de la libertad, sin son los ciudadanos los que se eligen un rey, para asegurar la libertad reglamentándola". "La última revolución —todavía tan cerca de nosotros, al menos por la fecha— ha arrastrado lo que quedaba de la teoría del derecho divino y de la teoría de las religiones de estado". "¿Qué hubieran dicho los legisladores de 1830 y el pueblo armado y vencedor, bajo los ojos del cual votaban, si hubieran podido prever que antes de transcurridos quince años, se serviría de la libertad de enseñanza, fuente y condición de la libertad de pensar, para volver a traer bajo otra forma el régimen de las religiones de estado?". Jacques confía fundamentalmente en la fuerza liberadora de las ideas: "Nos acordamos que la filosofía conquistó dos veces la libertad para el mundo y' estamos dispuestos a demostrar que la causa de la filosofía y la causa de la libertad son siempre inseparables". La revista fustigaba sin cesar los vicios del régimen. Jules Simón, en un artículo del primer número que titulara *La reforma electoral*, analizaba todos los atentados que se cometían contra las libertades públicas, propios de la naturaleza del gobierno: "La libertad es la mortal enemiga de cualquiera que no viva para la libertad". Encarecía la necesidad de la educación: "Será una verdad eterna que la causa de la libertad y la de las luces es sólo una. La verdadera manera de emancipar a los hombres es esclerocerlos". Reclamaba la extensión del derecho al sufragio y enunciaba el método de lucha: "A estas tentativas liberticidas, aquellos que aman a la vez el orden y la libertad, han respondido con un grito de reforma. Han llamado a la refor-

ma pacífica, a la agitación legal. Esta es una segunda experiencia a intentar, después de aquella de las revoluciones, que hemos hecho en 1830''.

Pero los acontecimientos se precipitaron. Los obreros y los estudiantes de París derrocaron a la decadente monarquía burguesa en la histórica revolución del 48. En el cuarto número, la *Libertad de pensar* toma posición frente a los recientes hechos de febrero de 1848. Jules Simón hace una crónica de la revolución (3), y reconoce la ausencia en la misma de los intelectuales reformistas, pero no vacila en destacar la medida con que ha actuado el pueblo en su victoria y declara su total apoyo a la república, que ya era un hecho. Es a Jacques a quien le cumple hacer la más acertada justificación de la democracia en el artículo *La Soberanía del Pueblo* (4): "El pueblo es soberano. Soberano de hecho, primero: "¿quién podría negarlo, el día siguiente de una victoria, ganada en algunas horas sobre un poder armado contra él de todo lo que el miedo puede inspirar de prudencia, de todo lo que la fuerza puede desplegar de amenazas? La guardia nacional y el ejército han, ello es verdad, concurrido a este triunfo, la una interponiéndose, el otro no obrando. Pero la guardia nacional y el ejército, ¿no son el pueblo también? La soberanía del pueblo es un hecho; ¿es ella un derecho? La cuestión hará sonreír a más de un lector. ¿Por qué, se dirá, discutir los títulos de un poder que se impuso a pesar de toda resistencia, y que nos es necesario soportar, legítimo o usurpado? Respondo simplemente que la fuerza, aún invencible, no hace el derecho. El derecho emana de la razón. Con la fuerza se oprime; no se gobierna más que en nombre de la razón; y la opresión, sea la de uno solo por todos, no la llamamos menos tiranía, la odiamos tanto como la opresión de todos por uno solo'.

(3) *La Liberté de penser*. Cuatrième livraison, page 309.

(4) *Idem*, página 305.

“La cuestión presentada se traduce así: la razón, es decir la inteligencia o el sentimiento de la verdad, del bien y de la justicia ¿está en el pueblo? Si está allí, ¿no está en el conjunto de la nación, mirada como una sociedad de iguales y de hermanos, en un grado más eminente que en ninguna de las fracciones que determinaban, hasta hace poco todavía, barreras artificiales, jamás derribadas?”

“Es la razón lo que eleva al hombre sobre la bestia, ella no es en nosotros un accidente: es nuestra esencia. ¿Cómo sería en consecuencia un privilegio? Si osáis pretenderlo, hacéis de este rebaño, que habéis hasta ahora envuelto bajo el título común y engañoso de humanidad, dos partes; en una ponéis los hombres, y en otra las bestias. Entonces, para ser justos, liberad de las obligaciones hasta acá comunes, colocad fuera y por encima de la ley civil y de la ley penal esta porción desheredada de la razón. ¿Por qué contradicción, en efecto, no teniendo luces para comprender y ejercer los derechos, la tienen para conocer y practicar el deber?”

La *Asamblea Nacional* se denomina un artículo anónimo, en el que se distingue fácilmente la pluma de Jules Simón⁽⁵⁾. En el mismo se evidencian dos posiciones que han de decidir el destino de la revista y de su director. Simón ataca las leyes socializantes que adoptara la Asamblea Nacional, definiendo una orientación que lo llevará a aprobar la represión del levantamiento de los obreros de París originado en el cierre de los llamados Talleres Nacionales, que nunca llegaron a existir conforme al pensamiento de Louis Blanc, pero que encubrían un subsidio a las multitudes de desocupados. Llega a elogiar al general Cavaignac, jefe de la represión, y lo apoya en sus aspiraciones presidenciales. Se distancia así de Jacques, que, más sensible a las aspiraciones populares, y puesto en la disyuntiva de elegir entre dos soluciones extremas, en un momento de enfrentamiento

(5) *Idem*. Septième livraison, page 1.

to radical, opta por la más afín con las ideas liberales que constituyen la médula de su pensamiento. Con Deschanel, ante el planteo del ultramontano Montalembert: "No hay términos medios, hoy es necesario escoger: o católico o socialista," Jacques se inclina por el Socialismo. El artículo en que Deschanel define su posición socialista provoca el alejamiento de Jules Simon. Deschanel es destituido y Jacques no vacila en defender valientemente a su amigo desde la revista. Poco después es el propio Jacques que debe pagar tributo a la *libertad de pensar*. Exaltado el tono anticlerical de sus artículos ante la llamada ley Falloux, que el ministro de Luis Bonaparte obtuviera en 1850, la que establecía la libertad de enseñanza reclamada por los católicos, incluso la obligación de enseñar el catecismo en las escuelas oficiales, se convierte en genuino símbolo de los maestros laicos, llamados por un ministro "oficiales de la República democrática y social" (6), y por el grande, pero conservador Lamartine "factores de estúpidas doctrinas antisociales". El ministro Falloux separa a Jacques de sus cátedras, y un agudo artículo sobre *El Catolicismo y la democracia*, en que sostenía la incompatibilidad profunda entre las enseñanzas de la Iglesia y las instituciones de la democracia, lleva a su enjuiciamiento por el Consejo Académico, que pasa las actuaciones al Consejo Superior de Enseñanza, el que le prohíbe todo tipo de enseñanza, aun la privada, porque "es imposible confiar la enseñanza pública de la juventud francesa a quien profesa públicamente la negación de todas las religiones" (7). Llevado el asunto ante la Asamblea Nacional Legislativa ésta aprobaba la sanción "en la sesión del 27 de enero de 1851, no sin que diera lugar a un agitado debate acerca de la libertad de

(6) Ch. SEIGNOBOS, *Historia política de Europa Contemporánea*, Madrid, 1916, pág. 197.

(7) A. PONCE, *Amadeo Jacques y la revolución socialista de 1848*, en "Nosotros", N^o 264, Buenos Aires, mayo de 1931.

pensar" (*). En el señalado trabajo sobre *La Asamblea Nacional*, cuyo anonimato lo convierte en expresión oficial de los editores de *La Liberté de penser*, se denuncia a Luis Bonaparte como enemigo potencial de la naciente república, pero se aplaude la medida de la Asamblea de levantar la proscripción que pesaba sobre el sobrino de Napoleón I, pues ésta "ha rendido un homenaje a la soberanía de los electores". Paradójica exigencia del ideal democrático que, para ser absolutamente fiel a sí mismo, no puede negar la libertad ni a los enemigos de la libertad. Luis Bonaparte se burla de esa ingenua democracia y con el apoyo esencial de los enemigos de la república, especialmente del clero, logra llegar a la presidencia de Francia, desde donde prepara los resortes para destruir la República. Jacques es uno de los que más firmemente se plantan frente al dictador en ciernes. A su destitución responde fundando una editorial anexa a la revista. La *Librería Republicana* comienza publicando *El gobierno directo* de Charles Renouvier, de manifiesta tendencia socialista. Un diputado socialista, el escritor Eugenio Sué colabora en la revista. No es de extrañarse que Luis Bonaparte, al continuar en el poder y quebrantar la constitución con el golpe de estado del 2 de diciembre de 1851, en el ataque consiguiente a las libertades públicas, especialmente a la libertad de prensa que es la más molesta a los dictadores, clausurará la *Liberté de penser* y provocara el exilio de su editor. El profesor de 38 años, uno de los más grandes valores intelectuales y morales de Francia, a la cual no procuró volver cuando en 1959 Napoleón II levantaba las proscripciones en un intento de aparente liberalización de su régimen, emprendió viaje hacia el Río de la Plata, atraído posiblemente por las posibilidades de reiniciar la lucha contra la ignorancia y el oscurantismo, que le permitía prever la pluma de Sar-

(*) JUAN MANTOVANI, *Epocas y Hombres de la Educación Argentina*, B. Aires, 1950, pág. 266.

miento, de quien había comentado en su revista *Educación popular* y *Argirópolis*. En tierra extranjera, desaparecieron los perfiles del político, para concentrar todas sus inquietudes en la personalidad de nuestro maestro Amadeo Jacques, tal como lo caracteriza Miguel Cané.

JUAN ANTONIO VIGNA y RAUL ARAGON

Espinoza 1568, 2.º, 5, Buenos Aires



"ARROYO Y CANOA"
Aguada de Miguel Flores

